

CAPÍTULO 26. CARTA N° 26.

Así, pues; este juego de números le interesa a usted, querida amiga mía. Es un placer para mí el oírlo. Muy a menudo me ha hecho usted una reseña desfavorable, de modo que necesito el reconocimiento. Y yo le agradezco de corazón el que coloque mi nombre junto al de Pitágoras en la misma frase. Prescindiendo ya del halago que ello para mi vanidad significa, este hecho me demuestra que usted posee esa primera cualidad de toda crítica, la de ser capaz, sin miramientos ni escrúpulos, de comparar a un Schulze, Lehmann, Müller o Troll con Goethe, Leonardo, Beethoven o Pitágoras. Sus demostraciones me resultan doblemente valiosas.

El hecho de que usted, al fin, empieza a ver algo positivo en mis palabras y me llama la atención sobre el número de los que tomaron parte en la Santa Cena, 13, así como el miedo de que el comensal número 13 tenga que morir, relacionando todo esto con la muerte de Cristo, me permite confiar en que su oposición a todo lo que yo he dicho sobre el Ello ha de ir poco a poco desapareciendo. ¿Pero por qué ha de ser precisamente Cristo? También Judas es el número 13, y también él tuvo que morir.

¿Le ha llamado a usted alguna vez la atención lo unidas que marchan siempre estas dos ideas, Cristo y Judas? Ya le hablé a usted una vez del fenómeno de la ambivalencia en el inconsciente, de esa propiedad en el hombre de tener odio en el amor, traición en la fidelidad. Esta profunda e insuperable ambigüedad en el hombre es quien se ha inventado el mito del beso de Judas, en el cual va simbolizado todo el quehacer y vivir cotidiano del hombre. Me gustaría que se familiarizase usted totalmente con este hecho; es de mucha importancia. Mientras usted no lo sepa, hasta que no esté completamente penetrada de este conocimiento, no entenderá nada del Ello. Pero no es fácil adquirir este conocimiento. Piense usted en los momentos más sublimes de su vida y busque hasta que usted dé con la actitud de Judas, con la traición de Judas en su propio pecho. Usted la encontrará siempre. Cuando usted besaba a su amado, su mano se deslizaba hasta la propia cabeza para sostener el pelo, que podría desatarse. Cuando murió su padre de usted -entonces era aún muy joven-, se le alegró el corazón de poder llevar por primera vez un vestido negro, pagó con gusto lo que le costaron los recordatorios y, con secreta satisfacción, les puso de encabezamiento unas líneas que pertenecían a un duque reinante. Y cuando enfermó la madre, usted tuvo que avergonzarse de haberle pasado como un rayo por la cabeza el collar de perlas que habría de heredar. El día del entierro le parecía a usted que su sombrero la hacía ocho años más vieja, y no es que pensase usted en su marido, sino en la opinión de la gente, ante cuyos ojos pretendía realizar toda una exhibición de funerales bellos y brillantes, teatro, portándose usted como una auténtica comedianta y una hetaira. Y cuantas veces no habrá usted traicionado por treinta monedas de plata, tan crudamente como Judas, a los amigos más íntimos, a hijos y marido... ¡Reflexione usted un poco sobre estas cosas! Se encontrará con que el ser humano, desde el principio hasta el final, está lleno de lo que nuestro ponderado juicio condena como el crimen más grave y despreciable, la traición. Pero usted nota también enseguida que esta traición casi nunca adquiere forma de culpa en la conciencia. Arañe usted un poco en el poco de conciencia que tenemos los hombres y verá como el inconsciente de continuo apila, una sobre otra, las traiciones de las últimas horas; las unas las expulsa de sí mismo, las otras las prepara para utilizarlas próximamente y las demás las reprime en lo profundo para sacar de ellas el veneno de las enfermedades del mañana o para fabricar el elixir maravilloso de futuras hazañas. Mire usted con atención en esta extraña oscuridad, amiga queridísima. Aquí hay una rendija a través de la cual usted puede ver oscura y casi desesperadamente las masas que se mueven nebulosas de una fuerza viviente del Ello, la conciencia de culpa. La conciencia de culpa es uno de los instrumentos con los que el Ello, con paso seguro, sin fallas y sin trabas, hace su trabajo en el hombre. El Ello necesita la conciencia de culpa, pero se cuida muy bien de que el hombre no descubra jamás sus fundamentos y

fuentes, pues sabe perfectamente que, desde el momento en que alguien destapara el misterio de la culpa, el mundo se conmovería en sus quicios. Por eso acumula miedo y terror en torno a las profundidades de la vida; por eso aglomera fantasmas creados de las cosas más triviales de la existencia; por eso inventa la palabra traición, inventa a Judas, a los diez mandamientos, y oscurece la mirada del yo con infinitas cosas que aparecen cargadas de culpa a la conciencia, todo para que el hombre jamás preste fe a las consoladoras palabras: no temas, pues yo estoy contigo.

Y ahí tiene a usted a Cristo. De la misma manera que, inmutable y constantemente, interviene la traición hasta en las más nobles acciones del hombre, de esa misma manera interviene en todo lo que llamamos malo la naturaleza de Cristo -o como usted quiera llamar a esta naturaleza-, la naturaleza de la bondad y del amor. Para darse cuenta de esto no es necesario que usted recorra el largo camino que va del puñal asesino a esa tendencia primigenia y primordial del hombre que, por amor, lo lleva a penetrar en el interior de sus semejantes para dar la felicidad y recibirla... Pues el asesinato no es en última instancia sino un símbolo de la pasión amorosa reprimida. No necesita usted tampoco analizar el fenómeno del robo, donde usted iría de nuevo a parar al Eros que todo lo informa y que, quitando, da. Ni tampoco reflexionar sobre las palabras de Jesús a la adúltera: "Tus pecados te son perdonados, pues has amado mucho". En sus acciones diarias encuentra usted, en todas partes, abnegación e inocencia suficientes que le demuestran lo que yo decía: Cristo esta en todas partes donde está el hombre.

Pero he parloteado y parloteado y, sin embargo, lo que yo quería hacerle a usted comprender es que no hay contrarios, que el Ello lo unifica todo. Y que este Ello se vale a su arbitrio de una y la misma acción para convertirla en razón de culpa y remordimientos y en causa de las satisfacciones más nobles y más altas. El Ello es astuto y no le cuesta demasiado hacerle creer a la conciencia que lo blanco es negro, que blanco y negro son opuestos, que una silla es simplemente una silla, mientras que cualquier niño sabe que una silla es, a la vez, un coche, y una casa, y una montaña, y una madre. La conciencia va y se sienta y trabaja y suda de tanto esfuerzo por inventar sistemas y clasificar la vida en compartimentos y meterla en el bote, y mientras tanto, el Ello crea alegremente, y sin perder fuerzas, lo que le da la gana, y yo me figuro que más de una vez se ríe de la conciencia.

¿Que por qué cuento todas estas cosas? Tal vez le estoy tomando a usted el pelo, tal vez lo que quiero es demostrarle simplemente que se puede disertar sobre cualquier cosa de la vida, una perogrullada que, por lo demás, merece ser tenida en cuenta. Y con esto voy a aventurar de nuevo un salto a mi anterior narración sobre la pluma. Pues aun tengo algo que decir sobre la ampollita de la boca. Quizá lo más importante y, de todas formas, algo muy extraño que le diré a usted más sobre las represiones del que ésta firma que yo mismo sabía hace un par de años.

La ampollita en la boca -ya se lo dije a usted una vez- significa que me gustaría besar a alguien, pero que, por lo visto, existe algún impedimento tan fuerte como para levantar las capas superiores de la piel y llenar de líquido la cavidad así formada. Con esto no sé demasiado, pues, como usted sabe, a mí me gusta besar, y si fuese a besar a todas las personas que me parecen dignas de ello, y de las cuales no sé si me volverían a besar o no, seguro que tendría la boca siempre mala. Pero la ampollita está al lado derecho, y yo me imagino que la derecha es el lado de la Autoridad, del derecho, de la familia. ¿Autoridad? De entre mis parientes carnales entra solamente mi hermano mayor en cuestión. Y contra él es, en realidad, contra quien se dirige la ampolla. Aquel día andaba yo continuamente ocupado en mis pensamientos con un determinado enfermo. Este hecho me llamó la atención por lo extraño, pues yo por lo general me atengo al principio de no volver a pensar en mis pacientes una vez cerrada detrás de ellos la puerta de la consulta, y pronto supe por qué había sido: este enfermo se parecía, en los rasgos de la cara y, mucho más, en su manera de ser a mi hermano mayor. El deseo de besar está, pues, claro. Se dirigía a este enfermo, hacia quien yo había transferido el amor a mi hermano. Una ocasión para ello la ofrecía el hecho de que, por aquellos días, era el cumpleaños de mi hermano y, poco antes, había visto yo al enfermo en estado de inconsciencia. De niño fui muchas veces testigo de los graves desmayos que le sobrevenían a mi hermano. La forma de su cabeza parece como que la tuviera ahora mismo delante de mis ojos, y creo que tengo razón para suponer que mi inclinación tiene precisamente su origen en esa imagen. La semejanza de los dos hombres me resultó clara

al observar la rigidez de sus rostros.

En la explicación del origen de la ampollita interviene tanto la inclinación como la aversión al beso. Esto es suficientemente fácil de aclarar. En nuestra familia estaba estrictamente prohibida toda manifestación de cariño entre los hermanos. Todavía hoy en día me resulta inimaginable que nos pudiésemos haber besado entre nosotros. Pero en el caso de la aversión al beso no interviene simplemente la tradición familiar, sino ante todo la cuestión de la homosexualidad. Y en este asunto me voy a parar un momento.

Como usted sabe, desde los doce años fui educado en un internado para muchachos. Vivíamos allí totalmente aislados del resto del mundo, cercados por muros conventuales, y tanto nuestras capacidades como nuestras necesidades amorosas se dirigían a nuestros compañeros. Cuando me vuelvo a reflexionar sobre los seis años que allí pasé, aparece enseguida la imagen de mi amigo. Me veo pasar por el claustro del convento íntimamente abrazado a él. De vez en cuando se interrumpe la apasionada discusión sobre Dios y el mundo y nos besamos. Creo que no es posible imaginarse la intensidad de una pasión ya apagada, pero a concluir por las muchas escenas de celos en las cuales, al menos por mi parte, mezclaba suficientemente a menudo fantasías de suicidio, hay que pensar que mi inclinación debió ser muy grande. Recuerdo también que, en aquel entonces, el amor a mi amigo alimentaba casi exclusivamente mis fantasías masturbatorias. Mi inclinación por este amigo duró bastante tiempo después de haber salido yo ya del colegio, hasta que, un año más tarde, lo transferí a un compañero de la universidad, de donde, de repente, saltó a su hermana. Con esto mi homosexualidad, la inclinación a los de mi propio sexo, había aparentemente desaparecido. Desde entonces he amado únicamente a mujeres.

He amado y he amado muy fiel y muy infielmente, pues recuerdo haber andado durante horas por las calles de Berlín por causa de alguna beldad a quien por casualidad había visto, de la cual ni sabía ni llegué a saber nunca nada, pero la cual alimentaba, durante semanas, día y noche mi fantasía. La serie de tales fantásticos enamoramientos es infinita, y hasta hace pocos años se ha venido incrementando cada día por mor de esta o la otra. Lo característico de todo esto era que mis verdaderas vivencias eróticas no tenían que ver lo más mínimo con estas amadas de mi alma. Por todo lo que recuerdo ni una sola vez escogí como objeto de mis orgías masturbatorias a una mujer que verdaderamente amaba. Siempre eran extrañas, desconocidas. ¿Sabe usted lo que esto significa? ¿No? Pues significa que mi amor más profundo correspondía a un ser a quien no me estaba permitido conocer, con otras palabras, a mi hermana y, detrás de ella a mi madre. Pero no olvide usted que yo esto lo sé desde hace muy poco tiempo, que a mi antes no se me pasaba por la imaginación el que yo pudiese desear a mi hermana o a mi madre. A veces anda uno por la vida sin saber lo más mínimo de sí mismo.

Para completar la narración de esta vida de amoríos con extrañas y desconocidas a quienes nunca traté de conocer, he de decir todavía algo, aun cuando ello guarda sólo una relación lejana con lo que propiamente quería comunicarle, con el asunto de la homosexualidad. Se refiere a mi comportamiento frente a las mujeres con quienes me unían lazos de verdadero amor. No de una, no, sino de todas he escuchado el mismo extraño juicio: “Cuando una está contigo se tiene la impresión de estar tan cerca como jamás se ha estado de ninguna otra persona; pero cuando te marchas es como si colocases un muro entre nosotros dos, como si yo te fuese completamente extraña, más extraña que cualquier otra”. Yo mismo jamás he tenido este sentimiento, tal vez porque jamás he tenido la vivencia de que alguien no me fuese extraño. Pero ahora lo comprendo: para poder amar tenía que mantener las personas reales a distancia, acercarlas artificialmente a las imágenes de la madre y de la hermana. A veces ha debido de ser auténticamente difícil, pero era la única manera de mantener viva la llama de la pasión. Créame, las imágenes tienen poder.

Y esto me lleva de nuevo a mis experiencias homosexuales. Pues con los hombres me acontecía algo semejante. Durante tres decenios los he mantenido a distancia. De qué manera, no sabría decirlo, pero lo cierto es que lo he conseguido en gran escala, como se puede ver en el catálogo de los pacientes que han pasado por mis manos. Recién a partir de hace tres años van apareciendo ya más nombres masculinos. Han empezado a aparecer desde que yo dejé de huir de la homosexualidad. Pues el deseo de huir de los hombres ha sido en última instancia el responsable de que me hayan visitado tan pocos varones. Durante años enteros no he tenido ojos más que para la mujer. A cada mujer que se me acercaba la miraba de arriba abajo y la

amaba más o menos. Durante todos estos años, en la calle, en sociedad, incluso en reuniones de hombres, en viajes, no he notado auténticamente a un hombre. No los he visto propiamente, aun cuando los haya mirado durante horas enteras a los ojos. No han penetrado en mi conciencia, no los he percibido.

Esto ha cambiado. Ahora miro con los mismos ojos al hombre que la mujer. Ambos se han convertido en personas para mí, trato con el mismo gusto con ellos y con ellas y ya no hay diferencias. Pero ante todo ya no me siento confuso y azorado delante de los hombres. Ya no necesito alienarme a las personas. El deseo incestuoso, tan profundamente reprimido, tan terrible y espantosamente reprimido, tan terrible y espantosamente activo, se ha hecho consciente y ya no molesta más. Así al menos me lo explico yo estos fenómenos.

En cierto modo esto mismo me ha acontecido con los niños, y con los animales, las matemáticas y la filosofía. Pero esto pertenece a otro contexto, por más que no deje de relacionarse con la represión de la madre, hermana, padre y hermano.

Por más correcta que me parezca esta explicación de mi manera de ser, siempre a la huída de los duendes malignos¹, que, para mí, son un linaje especial de hombres -pues hay hombres buenos, hombres malos y hay también malignos-, por más evidente que sea el hecho de que he tenido que usar al revés los gemelos de teatro con que miro a mis prójimos para , alienándomelos por medio de la visión a distancia, asemejarlos así a mis imágenes, también es cierto que ello no lo explica todo. Pues todo no se puede explicar. Una cosa debo decir todavía: yo necesito este amar artificial, este alienarme a los demás, porque estoy centrado sobre mí mismo, porque me amo a mí mismo a una escala inconmensurable, porque tengo lo que los entendidos llaman narcisismo. El narcisismo juega un papel muy importante en la vida del hombre. De no poseerlo yo en tal alto grado jamás hubiera llegado a ser lo que soy, jamás hubiera llegado a comprender por qué Cristo dijo: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. Como a ti mismo, no, tal vez, más que a ti mismo. Para nosotros, los hijos del maligno, era moda un proverbio que decía: “Primero, yo; después, yo; detrás, pero con mucho, nada, y luego, los demás”.

Y mire usted qué divertido: de niño, de ocho años más o menos, tenía yo un libro en el que se escribían todos los buenos amigos y ponían también sus versos. Sobre la pasta del final, transformando un poco un antiguo proverbio, está escrito de mi puño y letra:

*¡Quien te quiera más,
más que yo,
que se escriba detrás!*

Tu yo.

Esta era mi postura por aquel entonces, y me temo que no he cambiado gran cosa.

Siempre suyo,

PATRIK TROLL

Volver News-2 ALSF

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.

1.- “Duende maligno” es, en alemán, *Troll*. Recuérdese la identidad con el nombre de quien firma las cartas. (N. de T.)